

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—No hay novelas.

NO HAY NOVELAS

I.

Segun dice el Diccionario, la *novela* es la historia finjida y tejida de los casos que comunmente suceden ó son verosímiles, es ficción ó mentira en cualquiera materia, y nosotros decimos que *no hay novelas*, porque cuanto se cuenta en ellas es inferior á la realidad.

El estudio del Espiritismo nos ha abierto ancho campo para nuestras investigaciones, porque los séres de ultratumba, conociendo nuestros deseos, se apresuran á decirnos: «Si estas ávida de saber historias escúchanos,» y nos han contado horrores en el crimen, y verdaderos sacrificios y heroicidades en el amor y en la virtud.

Leimos hace algun tiempo un artículo en *Las Dominicales del Libre pensamiento*, que nos llamó vivamente la atención, y para mejor inteligencia de nuestros lectores, lo copiaremos íntegro:

«HISTORIA NOVELESCA.

I.

Ha llegado á nuestras noticias una triste historia, en que vamos á ocuparnos un momento, porque consideramos que puede contribuir á ilustrar á muchos y advertir á todos de peligros ciertos.

Un jóven despreocupado, rico, inteligente, demócrata de corazón, casó no há muchos años con mujer de calidad, que hacía gala de su celo por la religión, y poseía empeño en no ser por nadie excedida en la estricta observancia de las ritualidades del culto.

El marido, pensando como piensan muchos que la religiosidad es prenda de alta estima en la mujer propia, y que los entretenimientos inocentes del culto la hacen olvidar otros devaneos, en vez de preocuparse en atraerla suave y dulcemente, como estas cosas deben hacerse, á su criterio racionalista, *la dejó hacer*, con esa sandia fruición interna del que, sin motivo fundado, se imagina proceder hábilmente. Que á él no le molestase su esposa con requisitorias para ir á misa ó confesarse: esto constituía su alta política cónyugal.

Seis años de infecundo matrimonio consumieron el fuego de la pasión, más no el sólido amor del marido, que vió sin recelos acrecentarse el fervor religioso de su esposa. Todas las mañanas oía esta misa; todos los meses se confesaba; casi todas las tardes



acudía á la iglesia. Si el marido se permitió por acaso alguna lijera reprensión, la mujer respondió melifluamente, que necesitaba rezar por tres cosas: por ella, por él, y porque Dios les concediese un hijo. ¡Qué buena y santa mujer! concluía por decir el marido, estrechándola cariñosamente entre sus brazos.

Una tarde salieron juntos por casualidad, y la dejó á la puerta de un templo donde había solemne función. Después del paseo, de vuelta á casa, esperó en vano una hora, dos, cuatro. Salió impaciente. Como es natural, la iglesia estaba cerrada. Voló á casa de sus suegros. ¿Está aquí *fulana*? No; no ha venido hace tres días. Compréndase la agitación de aquella familia, que lo pensaba todo, menos una villana traición, que evidenciaron el tiempo y la desaparición en alhajas, dinero, billetes y títulos de un capital de cien mil duros, robo habilísimo verificado con anterioridad á la huída, gracias á la confianza absoluta del marido racionalista en la religiosa mujer, que además era administradora excelente, y jamás se acostó sin ajustar por maravedices la cuenta del gasto diario.

Nada se supo de ella. Ni aún cuando la tierra abriéndose bajo sus plantas la hubiera tragado, cerrándose como antes, hubiera dejado de su paso menos huella. Cuanto pública y privadamente se hizo por averiguar su paradero, fué inútil, completamente inútil. Se sospechó hasta de su confesor, pero todo en vano. Este, que era un jóven alto, pálido, hermoso, de mirada hmitde, de lábio fruncido, de andar perezoso, de maneras dulces y afables, varón irreprochable, fué el primero en condolerse de la inesperada fuga y en procurar consolar al desesperado y avergonzado esposo, que á veces se persuadía de que su esposa habría sido víctima de un engaño, y asesinada para robarla.

Pasó un año. El confesor se trasladó de iglesia; y el marido, que jamás de él después de la primera sospecha, desvanecida por la inalterable conducta del sacerdote en algunos meses, se volvió á acordar, perdió por completo la pista de este ministro de Dios

Pasó otro año, y otro y otro, hasta diez. En este tiempo la venganza había destilado sus rencores en el corazón del burlado marido, que en su impotente rabia, llegó á ofrecer toda su fortuna, consistente en seis millones, á un amigo tan pobre como astuto, que, discutiendo con él, llegó á decirle que consideraba imposible, *absolutamente imposible*, dejar de averiguar el paradero de la esposa, tomándolo á verdadero empeño.

Cerróse el trato de no separarse en ningún momento ambos amigos hasta dar con la desaparecida, y la entrega al pobre de cuatro millones tan pronto como aquella hubiera sufrido el castigo cruel que allá en las tenebrosidades de su alma acariciaba á todas horas el confiado demócrata, tornado por la infidelidad en un desgraciado sediento de venganza, y comenzaron ambos amigos á trabajar en secreto.

Pasamos por alto la série de pesquisas, dignas de una novela de esas en que el verdadero protagonista suele ser un inteligente jefe de la policía francesa, que dieron por resultado el crimen que contó en estos términos, poco más ó menos un periódico de los Estados-Unidos:

«Anoche tuvo lugar en una hermosa quinta próxima al camino de H..., un doble y espantoso asesinato.

Un enmascarado que penetró por una ventana abierta á causa del calor, después de amordazar á una vieja criada, que ninguna noticia acerca de lo sucedido ha podido suministrar, sorprendió en su lecho al matrimonio, cuya era la quinta, y asesinó á ambos cónyuges. Los cadáveres presentan mutilaciones obscenas y horribles, indicando en el criminal un lujo de crueldad que aterra, y deja sospechar que este crimen nace de una venganza, pues ningún objeto de valor ha desaparecido de la casa.

Los esposos asesinados hace unos años que vinieron á establecerse en el país, y se llamaban Mister Jhon Smitch, irlandés, y madame Louise Renard, francesa. Ni el criminal ha sido habido, ni debía ser solo; cuando menos una persona debía acompañarle, ésta debió quedarse guardándole las espaldas en el jardín de la quinta.

¿Cómo se ha llegado á saber, después de otros diez años que el Jhon Smitch, asesinado en los Estados-Unidos, fué confesor un tiempo en España de la que se llamó en América Louise Renard? Por una carta en que un suicida declara ser el burlado marido, documento que parece una novela; tan infame y astuto aparece en ella el sacerdote, tan rendida á sus artes amatorias su penitenta, tan habilísimo sabueso el amigo pobre y tan perseverante en su mal propósito de venganza el jóven rico, que, siendo racionalista creyó bueno dejar crecer el fervor religioso de su esposa, pensando neciamente que puede ser duradero el amor donde falta la armonía de las conciencias, y que se puede impunemente dejar que alguien extraño, á título de sacerdote, sondee lo más hondo del corazón y del alma de la mujer, que por entero y sin partir ha de pertenecer al marido en un perfecto matrimonio.

Ramón Chies.»

II.

Narración tan interesante nos impresionó profundamente, y pedimos al espíritu que nos guía en nuestros trabajos, si era posible obtener comunicación de alguno de los cuatro espíritus que actuaron en tan horrible tragedia, (suponiendo que haya muerto el amigo del ofendido esposo,) y nos contestó lo siguiente:

«Ninguno de esos desgraciados se encuentra en condiciones de poder comunicar sus pensamientos, pues cada uno de ellos ha pecado lo bastante para sentir durante mucho tiempo el horrible peso de su expiación.»

«¿Quién fué mas criminal de los cuatro? ¿ella con su infidelidad? ¿el sacerdote con su seducción? ¿el marido engañado por su torpeza, que abrigó en su corazón un odio implacable, ó el asesino interesado que á cambio de un puñado de oro allanó innumerables obstáculos para que se perpetrara un crimen?»

«¿Quién podrá juzgar á esos seres dándoles más culpabilidad á uno que á otro? en justicia nadie, porque nadie sabe el *pecado* de esos espíritus, conocéis los efectos terribles de una religión que mutila al hombre, puesto que le dice.—Tienes corazón, pero que ese corazón no late por una mujer, tienes ojos, pero que esos ojos no miran á la compañera, á la hembra que Dios y la naturaleza le han concedido; y esos hombres reducidos á la triste condición de los eunucos, pero más desgraciados que aquellos, porque conservan toda su virilidad; la religión les ordena y les obliga á tratar íntimamente á la mujer, haciéndose dueño de todos sus secretos, apoderándose de su conciencia, guiándola por la senda de la vida; y en el confesonario, solos, aislados, separados de la multitud indiscreta, una mujer jóven, bella, incitativa, le cuenta á un hombre todo cuanto siente, todo cuanto anhela, todo cuanto sueña... ¿peca aquel hombre si ama á aquella mujer que se le presenta sin disfraz alguno, confesando ruborizada sus malos pensamientos y pidiendo humildemente perdón para su culpa? No.

«Las leyes naturales se sobreponen á los absurdos de los hombres y se cumple la ley de la atracción: anatema sobre una religión que ha truncado las leyes naturales.»

«Y la mujer?... ese sér dulce, desvalido que necesita de cariño, de cariño íntimo, niña eterna que sonríe y llora á la vez, necesitando suave corrección y ósculos de ternura, ¿qué le dice esa misma religión que llaman del Crucificado? que entregue á su marido un cuerpo vírgen y que confie sus secretos y los de su marido á su confesor, que éste sea su director espiritual, que tenga voto en los consejos de familia decidiendo del porvenir no solo de su penitenta, sino también el de sus hijos; y la mujer ense-

ñada desde su infancia á mirar en el sacerdote una entidad superior, mira á este con más respeto y admiración que á su marido.»

«De la admiración al amor no hay mas que un paso; la mujer no debe ser infiel á su marido, pero si la obligais á que trate con intimidad á un hombre, no os quejeis si falta á sus deberes, que antes que todo es mujer; su fragilidad es obra de su mismo organismo, ¿por qué la hicieron de barro quebradizo? ¡Ah! cuánto hay que hablar sobre la debilidad de las mujeres.»

«Respeto al marido libre pensador, tolerante, pero de escasos conocimientos en la práctica de la vida, dejó tejer la tela de su deshonor dejando á su compañera tiempo sobrado para entregarse á sus místicos devaneos, sin calcular que la mujer para ser buena esposa, tiene que preferir su hogar á todos los templos, y su marido á todos los confesores; y el hombre que no se preocupa por el celo religioso de su mujer, corre gravísimo riesgo de ver manchado su nombre.»

«El hombre debe considerar que la mujer no debe tener amistosas confianzas más que con su marido, y el que la deja tener director espiritual, de su esposa no tiene más que el cuerpo.»

«Y en cuanto al amigo que se ofreció á buscar la pista de los fugitivos, no solo obró por el vil interés, satisfizo al mismo tiempo una venganza; él requirió de amores á la esposa infiel, esta le hizo sentir su desprecio que el calificó entonces de estremada virtud, pero al saber su desaparición, los celos mas horribles le atormentaron, juró vengarse y lo cumplió.»

«Hé aquí cuatro espíritus á cual mas culpables, y mas desgraciados, todos tienen una historia horrible, compadecedles y huid de seguir sus infecundas huellas: mas ya que ellos no pueden comunicarse, desea hacerlo un espíritu que la última vez que estuvo en la tierra fué víctima de las absurdas prescripciones de la religion católica apostólica romana. Recibe su inspiración y en tu misma condescendencia obtendrás el premio que gana todo buen obrero: serás útil á ti misma y á los demas.—Adios.

III.

A nosotros nada nos complace tanto como trabajar en el bien de la humanidad, comprendemos que las religiones han dejado profundas huellas, y es necesario borrarlas con la esplendente luz de la verdad; dispuestos pues nos encontramos á recibir la comunicación del espíritu anunciado por el guia de nuestros trabajos.

«Gracias, Amalia, mi espíritu que ha pecado mucho llega hoy á tí para contarte una parte de su historia; no me desdeñes porque algunos detalles sean repugnantes; es necesario decir la verdad desnuda para hacer comprender á las mujeres en la abyección en que están sumidas.

«En mi última existencia pertencí al sexo débil, mi madre murió al darme á luz, mi padre como nació hembra me recibió con enojo, me entregó á una hermana suya, abadesa de un convento, y nunca se ocupó mas de mí, solo le ví breves momentos en el instante de recibir la bendición nupcial.»

«Mi infancia pasó tranquila, pues si bien no tuve el amor de mis padres, como era inmensamente rica, y sobrina ademas de la abadesa, toda la comunidad me acariciaba, y algunas monjas hasta me querian.

«Cumplí los diez años ignorando aun las impurezas que me rodeaban, mi organismo estaba bastante desarrollado y mi hermosura era notable. Mi tia recibia en su celda numerosas visitas de altas dignidades eclesiásticas, y entre todos ellos me acostumbraron á perder el pudor y á sentir sensaciones dolorosas cuando alguno de ellos me acariciaba y me sentaba sobre sus rodillas.

«Quisiera comunicarte todas las infamias que conmigo se cometieron en mis primeros años, pero como hay detalles deshonestos y repugnantes, solo te diré que me impusieron por penitencia cuando aun no habia cumplido doce años que bajara á la cueva del Santo Sepulcro y allí me desnudara y me arrodillara sobre el duro suelo con los brazos en cruz, permaneciendo dos horas en aquella incómoda postura, y cuando yo obediente, y resignada, pero temblando de miedo, bajé á la cueva, cuál no seria mi asombro cuando escuché la voz del Arcediano de San Justo, que siempre me habia prodigado apasionadas caricias en la celda de mi tia y que en aquellos instantes me dijo: No tengas miedo, yo he sido el que te he acusado y el que he pedido esta penitencia para tí, con objeto de decirte lo que hace mucho tiempo siento por tí; y aquel hombre comenzó su infernal tarea de prostituir á la vez mi cuerpo y mi alma.

«Yo fui perdiendo lentamente ese aroma divino que envuelve á la mujer cuando conserva su pureza y ostenta todos los encantos de la hermosa juventud, adquiriendo en cambio tan refinada hipocresía, que cuando salí del convento á los diez y siete años para casarme con el anciano conde de la Fuente, todos los convidados se hicieron lenguas de mi honestidad, y fué necesario que el Arcediano de San Justo me obligara á recibir las caricias de mi esposo, porque yo me ostinaba en conservar mi recato, y mi esposo mirándome con verdadero cariño, le decia á mi seductor: ¡Esta niña es un angel!... casi dá pena convertirla en mujer!

«¡Cuánto daño me hicieron aquellas palabras de mi marido! Yo que era un ser verdaderamente prostituido, que habia visto con placer las mas repugnantes obscenidades, la noble confianza de aquel anciano me ruborizó, lancé una mirada casi de ódio al hombre que me habia perdido y entré en la cámara nupcial llorando de vergüenza y de remordimiento, llanto que el conde atribuyó á timidez.»

«¡Que noche tan horrible fué mi noche de boda!... las delicadas atenciones del conde, sus reflexiones sobre la imperiosa necesidad de unirse los dos sexos para la multiplicación de la especie humana, sus bondadosas preguntas, todo era un tormento para mí que estuve á punto de revelarle quien yo era, porque aquel engaño era superior á la bajeza de mi espíritu.

«Cuando amaneció me lancé fuera del lecho pretestando que por mi nuevo estado no olvidaba mis oraciones matutinas, y me fui á la capilla del castillo para llorar porque me ahogaba, pero el Arcediano de San Justo que era mi confesor y el de mi esposo, me esperaba para prodigarme frenéticas caricias y borrar de mi mente toda clase de remordimiento.

«¡Que transición! el conde tan complaciente mirando mi cuerpo sin atreverse á profanarlo, y el ministro de Dios dominado por la pasión y la lujuria mas extraordinaria me enloquecía por completo, haciéndome olvidar momentáneamente una noche que nunca olvidaré.»

«Diez años viví unida al conde que me adoraba como á una santa, porque yo seguí tan hipócrita que era tenida como un modelo de rígidas costumbres, hasta el punto que voluntariamente me imponía penitencia y ayunos retirándome á una torre que se llamaba la Atalaya de la Oración, donde habia un altar con una imagen del Crucificado, y una tarima con un rollo de esparto, que servia de almohada al penitente que se retiraba allí por espacio de nueve dias para ayunar y purificarse por medio de la oración y los cilicios, y allí me retiraba por orden de mi confesor apesar de las súplicas de mi esposo, que le decia á nuestro director espiritual que no fuera tan severo conmigo porque yo era un ángel.—No tanto como parece, replicaba mi confesor con acritud, es necesario castigar los impulsos de la carne; y él mismo me acompañaba á la torre para satisfacer en aquel retiro sus impuros y desordenados deseos; entregándose con tal locura á la brutalidad de sus pasiones, que me ponía realmente enferma; y cuando se cumplia la novena y mi esposo y sus servidores venian procesionalmente á sacarme de la torre, decian todos con admiración: — ¡La condesa es una santa!... ¡miradla! ¡no parece ella!... Y aquellas celebraciones me humillaban tanto, que iba con la cabeza baja sin atreverme á mirar á nadie. No es necesario que nadie acuse al pecador, la misma culpa acusa de una manera implacable.»

«Yo puedo asegurarte que fui profunda é inmensamente desgraciada, porque viví entre dos afecciones que la una repelía á la otra. Mi esposo era uno de esos seres caballerescos; noble, distinguido, amoroso, delicado que me guardaba tantas consideraciones y tenía en mí tan ciega confianza, que yo agradecía su ternura, y me encontraba bien á su lado, muy bien; y cuando mi confesor se ausentaba para cumplir órdenes superiores, yo respiraba mejor, y cuando venía, cuando me aprisionaba en sus brazos, cuando me pedía cuenta de todos mis actos, cuando hasta me maltrataba por sus terribles celos, sentía un placer maldito al verme tan locamente amada, y al mismo tiempo aquél hombre me inspiraba gran horror, porque era tan avaro de todas mis sensaciones, que no me permitió disfrutar del cariño maternal ni filial: dos hijos tuve, y los dos fueron ahogados por él, en la duda de quién serían hijos.»

«Mi esposo, antes de morir, hizo venir á un hermano suyo, jóven y apuesto, y declaró solemnemente que yá que con él no se había perpetuado la raza, teniendo la desgracia de morir al nacer sus dos hijos, que pasado un año de viudez, cambiara mis tocas de viuda por las galas de las desposada, casándome con su hermano, el cual demostró un gran contento, porque yo era una mujer hermosísima y tenía fama de poseer relevantes virtudes.

«Murió mi esposo, y su muerte me tranquilizó por una parte, y aumentó mis zozobras é inquietudes por otra, porque el hermano de mi marido sintió por mí una verdadera pasión, aún más, me declaró que hacía tiempo que me amaba, y huyendo de cometer una felonía se había ido á viajar. Hombre muy despreocupado y bastante conocedor de las miserias humanas, si bien cumplía con los preceptos de la Religión de sus mayores, no era como fué mi esposo, un fiel servidor de los sacerdotes, sino que, muy al contrario, con la muerte de aquél cambió por completo el orden de mi casa, y ya no fué mi confesor el jefe de la familia; y cuando este último me indicó que debía purificarme haciendo un novenario en la Torre de la Oración, mi prometido se opuso abiertamente, diciendo que de ninguna manera lo consentiría. Yo sufría una angustia inexplicable, porque presentía un desenlace terrible; me daba lástima mi futuro esposo, porque veía que realmente me amaba, y yo se lo agradecía.»

«Deseaba la muerte de mi confesor cuando estaba léjos de mí; pero cuando me aprisionaba en sus brazos, se apoderaba de mis sentidos una exaltación extraordinaria, y obedecía ciegamente sus mandatos; por eso no titubeé en obedecerle cuando la vispera de mi boda me ordenó que cuando estuviera sola con mi marido en la cámara nupcial le ofreciera una copa de vino antes de ser suya, y que infeliz de mí sino cumplía fielmente su mandato.»

«Mi confesor bendijo mi segundo enlace; todo fueron fiestas y regocijo durante el día; llegó la noche y yo temblaba convulsivamente cuando penetré en la cámara nupcial seguida de mis doncellas, que me quitaron mis galas, dejándome envuelta en una ancha túnica de seda blanca. Entró mi esposo sonriendo dulcemente, y yo cogí una copa de oro que había sobre una mesa, vertí en ella vino de Chipre que había en un jarro de cristal de Bohemia, lo acerqué á mis labios, sin que estos se humedecieran, y despues se la presenté á mi esposo diciéndole con ternura:»

—«Comenzad á beber en la copa de la vida.»

«El conde, embriagado de felicidad, dijo:

—«En tu boca está la vida para mí, y selló mi boca con un beso.»

—«Bebed, bebed, yo lo quiero; y acerqué la copa á sus lábios sonriendo como debió sonreír el ángel malo cuando se hizo dueño de una gran parte de la humanidad; el conde bebió rápidamente el sabroso licor, y me oprimió contra su pecho con ademán delirante, pero pronto sus brazos se aflojaron, se oprimió la frente con las manos, quiso hablar, quiso gritar ¡empeño vano!... Cayó sobre la mullida alfombra sin exhalar un ¡ay! quedó con los ojos desmesuradamente abiertos, su boca se cubrió de espuma sanguinolenta, y su agonía fué horrible en su espantoso mutismo; porque mi confesor apareció silenciosamente, al verle el conde se estremeció convulsivamente, quiso levantarse, quiso gritar, pero no pudo; sus ojos parecían que iban á salir de

sus órbitas cuando vió manchar el tálamo para él preparado, cuando me vió prodigar caricias á su miserable asesino »

«¡Que segunda noche de boda! ¡Cuánta infamia! ¡Cuánta degradacion!»

«A la mañana siguiente salí de mi cámara dando gritos horribles, pidiendo socorro. Mi confesor fué el primero que acudió á mis lamentos, y el que me hizo retirar á mi departamento de viuda, mientras él, con el mayor aplomo, hizo frente á todos los huéspedes que llenaban el castillo; y las grandes cacerías, y los animados festines se convirtieron en suntuosos funerales, á los que asistí cubierta con negros crespones, rodeada de mis servidores, lanzando tristes ayes, no de dolor, pero sí de un horrible, de un espantoso remordimiento. La imágen de mi segundo esposo se me presentaba amenazadora, sus ojos lanzaban llamas, su diestra sostenía una copa de oro y enlazada á su brazo había una enorme serpiente cuya mirada me atraía. Yo me iba acercando hasta tocar la copa con mis labios, y entonces sentía correr por mis venas plomo derretido, me estremecía violentamente, y lanzaba gemidos aterradores, hasta el punto que mis servidores me querían sacar del templo, pero no les fué posible, una fuerza desconocida me hacía permanecer en mi sitio donde apuré la copa del más espantoso sufrimiento.»

«Transcurrió un mes, en el cual ni una sola noche descansé tranquila; mi confesor quería hacerme olvidar con sus caricias mis remordimientos; me decía que Dios era una quimera, que la muerte era el descanso eterno, que los muertos no se aparecían, que eran delirios de mi imaginación lo que yo veía; que las religiones eran una farsa, que no había imágenes sagradas, que no había premios ni castigos; pero todo fué inútil; la sombra de mi segundo esposo, del infeliz Leontino, me perseguía implacable, y aprovechando unos cuantos dias de ausencia de mi malvado confesor, al que llegué á aborrecer con toda mi alma, corrí á echarme á los piés del cardenal Jacobini, le pedí que reuniera á varios de sus compañeros, y ante más de veinte cardenales declaré todos los crímenes que habíamos cometido mi confesor y yó, puesto que fuí su cómplice, por amor satánico primero, por temor despues, pidiendo que nos dieran la muerte, á él como hereje, como asesino; y á mí como adúltera y brazo ejecutor de su venganza.»

«Todos me escucharon en silencio, y como yo era de una familia muy poderosa, se limitaron á decirme que el dolor me había hecho perder el juicio, y lo único que hicieron fué encerrarme en un convento, donde me asedió con sus visitas el cardenal Jacobini. Mi confesor llegó hasta mi valiéndose de su poder; se llegaron á encontrar frente á frente los dos rivales, y lo que no alcancé con mi confesion lo conseguí con mi desdén. El cardenal al oír de mis labios que le odiaba, como á todos los que se llamaban ministros de Dios, se enfureció, jurando á mi confesor que ambos iríamos á la hoguera. ¡Que hermosa promesa!... Me pesaba tanto la vida, que solo pensaba en morir. Tú dirás que como no apelé al suicidio: no lo sé; en mí había un cúmulo de encontradas ideas; tan pronto creía en el cielo, en el infierno, en el purgatorio, en el juicio final, como pensaba que con la muerte todo terminaba. ¿Había querido á mi confesor? No porque le odiaba, recordaba, con horror mi tierna infancia prostituida por él, los sacrilegios cometidos delante de imágenes venerandas, el modo infame con que estuve engañando diez años al mejor de los hombres, la muerte de mis dos hijos, y lo que más me sublevaba, era el recordar sus halagos malditos hasta delante de mi segundo esposo, cuya agonía no la podía olvidar.»

«El proceso fué rápido; yo declaré con lujo de detalles todos nuestros crímenes, quería vengar la muerte de tres inocentes, y el dia que vestí la infamante hopa, el dia que fui detrás de mi confesor hasta la hoguera, creo que fué el más feliz de mi vida; por primera vez veía cumplirse un acto de justicia.»

«Cuando nos colocaron sobre la pira, respiré y dí gracias á Dios, y puedo decir que no sufrí grandes dolores, porque me sostuvo en sus brazos el espíritu de mi primer esposo, el noble ser que tan crédulamente me había amado; y además, me había atormentado tanto el fuego devorador del remordimiento, que las llamas de la tierra no me hicieron sentir dolores más agudos; puedo asegurarlo.»

«Quedé como dormida, con un sueño fatigoso; despues la calma, la cesacion

completa de recuerdos y de presentimientos; el reposo de la oscuridad, el silencio del desierto!»

«¡Cuán bueno es Dios! ¡Cuán bueno, que concede al espíritu la recuperación de las fuerzas gastadas en cada existencia!»

«Mi despertar no fué horrible, pero sí muy doloroso. ¡Me ví tan humillada, tan envilecida, tan dominada por las más bajas pasiones!... que me pareció que no había habido en la tierra un ser más despreciable que yo; pero mi buen esposo me consoló diciendo, que no había en mi tanta degradación, cuando tanto había sufrido haciendo el papel de mujer impecable; que había habido más debilidad que infamia, y en el noble arranque de haber querido el castigo del crimen se veía claramente que mi espíritu se levantaba del fango inmundo de la concupiscencia, buscando los reflejos de la eterna luz.»

«No me he separado de los conventos de la tierra, y he inspirado á las jóvenes educandas para que se subleven, para que digan que están enfermas, y salgan de esas horribles cavernas, que, si bien hay verdaderos santuarios donde mujeres ignorantes creen servir á Dios ayunando y rezando, en cambio hay otros monasterios donde la degradación llega á tal extremo, que las mancebías son casas de oración, en comparación de los desiertos que se cometen y de los crímenes que se llevan á efecto para hacer desaparecer a tiernos seres, antes que lancen su primer vagido.»

«No estoy bien, no disfruto de tranquilidad: tú misma te puedes convencer al sentir sensaciones desagradables en tu débil organismo; pero trabajo, trabajo cuanto puedo por despertar la inteligencia de muchas mujeres que aún creen que son seres privilegiados los servidores de los templos; quisiera comunicarme en todas partes, pero tú has sido la primera que por complacer al espíritu que te guía en tus trabajos, has accedido á mi ardiente deseo. Comprendo que te repugna relatar infamias, pero créeme, es preciso cauterizar la gran herida que hay en el cuerpo social, y la voz de los espíritus, la voz de aquellos que profanaron los altares debe resonar en la tierra, debe ser oída de polo á polo, debiendo difundir la luz los que ayer vivieron en las más espantosas tinieblas.»

«Alégrate, Amalia, alégrate de ser la fiel intérprete de muchos pecadores; tu trabajo tendrá su recompensa, y esta será tan inmensa, que hoy no te es dado ni presentir, porque tu expiación ha de cumplirse.»

«Adios, Amalia, me separan de tí, porque tienes quien solícito vela por tu cuerpo enfermizo; me prometen que no será esta la última vez que me comunique contigo.

Margarita.»

Cuanto ha dicho el espíritu es muy cierto; todo el tiempo que hemos empleado en escribir esta triste narración, nos hemos encontrado en un estado especialísimo; nuestra habitual melancolía ha adquirido el tinte de una indefinible contrariedad; hemos mirado en torno nuestro y todo nos ha parecido más sombrío, pero comprendemos que es necesario demostrar la verdad pintando con vivos colores los cuadros de la vida, dominada por el fanatismo religioso.

Preciso es que la razón impere, que la mujer no esté en contacto con el hombre célibe, lleno de pasiones y de deseos que desbordados como ríos que salen de su cauce, hacen la desgracia de ellos mismos y de las infelices que obedecen y sufren sus humillantes imposiciones.

Decimos para terminar, lo que dijimos al comenzar este artículo: *no hay novelas*. La horrible realidad de los vicios supera á todas las ficciones que puede inventar el talento del hombre. Trabajemos para que llegue un día en que el vicio huya avergonzado de la tierra, al no encontrar quien le acoja en sus brazos.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.